

Instituto de Investigaciones Lingüístico Literarias

ESTUDIOS Y ENSAYOS

Oliver Lubrich

*Espacios de Humboldt (Independencia, identidad e inspiración
en la literatura latinoamericana)*

Donají Cuéllar Escamilla

Ita Andehui en la literatura mexicana e hispanoamericana

Ana Torres

*El zumbayllu como símbolo de la [r]evolución o el baile de la peon[za]
en Los ríos profundos*

Faustino Gerardo Cerdán Vargas

*La cosificación del ser humano en tres historias de ciencia ficción:
Huxley, Fuentes y Saramago*

Magda Díaz y Morales

El abismo de los mass media: Aislados, de Cecilia Eudave

Yasmín Rojas Pérez

Poesía, traducción y subversión en El Corno Emplumado/The Plumed Horn

RESEÑAS

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Sara Ladrón de Guevara
Rectora

María Magdalena Hernández Alarcón
Secretaria Académica

Salvador F. Tapia Spinoso
Secretario de Administración y Finanzas

Édgar García Valencia
Director Editorial

Ángel Rafael Trigos Landa
Director General de Investigaciones

Ángel Fernández Arriola
Director del Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias

TEXTO CRÍTICO

Alfredo Pavón
Director

Porfirio Castañeda Nevárez / Leticia Medina Salazar
Estrella Ortega Enríquez / Sara Luz Páez Vivanco
Daniel Peralta Guzmán / Jasmín Rojas Pérez
Comité Editorial

Jorge Ruffinelli
Director fundador (1975-1986)

Sixto Rodríguez Hernández
Director (1987-2013)

CONSEJO EDITORIAL

Carlo Antonio Castro Guevara (†)
Elizabeth Corral Peña
Ángel José Fernández
Esther Hernández Palacios
José Luis Martínez Morales
José Luis Martínez Suárez
Alfredo Pavón

ÍNDICE

TEXTO CRÍTICO

REVISTA DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICO-LITERARIAS DE
LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Director: Alfredo Pavón

Nueva época. Año xx. Número 41/julio-diciembre de 2017

ESTUDIOS Y ENSAYOS

- Oliver Lubrich. *Espacios de Humboldt (Independencia, identidad e inspiración en la literatura latinoamericana)* 7
- Donají Cuéllar Escamilla. *Ita Andehui en la literatura mexicana e hispanoamericana* 23
- Ana Torres. *El zumbayllu como símbolo de la [r]evolución o el baile de la peon[za] en Los ríos profundos* 41
- Faustino Gerardo Cerdán Vargas. *La cosificación del ser humano en tres historias de ciencia ficción: Huxley, Fuentes y Saramago* 55
- Magda Díaz y Morales. *El abismo de los mass media: Aislados, de Cecilia Eudave* 73
- Yasmín Rojas Pérez. *Poesía, traducción y subversión en El Corno Emplumado/The Plumed Horn* 91

Fernando Martínez Ramírez. *Géneros y archigéneros literarios* 103

RESEÑAS

Luzelena Gutiérrez de Velasco. *Pensamiento y sensación. Poéticas en diálogo. Garro y Paz, Beauvoir y Sartre, Vilarinho y Onetti* de Teresa García Díaz 139

RESÚMENES/ABSTRACTS

173

179

ESTUDIOS Y ENSAYOS

Donají Cuéllar Escamilla

Ita Andehui en la literatura mexicana e hispanoamericana

El interés por la literatura y la historia antigua de la cultura mixteca se expresó, por primera vez, a finales del siglo XIX, en las obras de un grupo de oaxaqueños del régimen de Juárez, que siguiendo los esfuerzos de Juan B. Carriedo y José Antonio Gay, los principales postulados del nacionalismo que surgió como reacción crítica al colonialismo, así como el anhelo de contribuir a superar la pobreza y la discriminación, dedicaron su vida a la documentación y a la evocación romántica del pasado. Este grupo estuvo integrado por varios intelectuales, especialmente por Manuel Martínez Gracida (1847-1923), Mariano López Ruiz (1872-1931) y Abraham Castellanos (1868/1871-1918), quienes trataron de documentar la herencia cultural del “País de la lluvia” y de reconstruir su historia para transmitir valores que contribuyeran a crear conciencia, confianza y sentimientos de pertenencia e identidad entre los pueblos indígenas.¹ Tal es el caso de *Ita Andehui*, novela corta escrita conjuntamente por Mariano López Ruiz y Manuel Martínez Gracida y publicada, por primera vez, en 1906. La novela está inspirada en la leyenda mixteca homónima, cuya recolección y versión más difundida se debe a López Ruiz.²

La leyenda cuenta el trágico final de la dinastía mixteca, en un tono de romántica evocación del pasado indígena, materia prima que los autores encontraron muy *ad hoc* para la elaboración de una novela que pertenece a la estética romántica y tiene un carácter histórico-costumbrista, pues redescubre el antiguo señorío y exalta las tradiciones y valores de la nobleza y la cultura mixtecas. La leyenda, ampliamente difundida y conocida entre los

¹ Maarten E. R.G. N. Jansen y Gabina Aurora Pérez Jiménez, *La lengua señorial de Nuu Dz'qui. Cultura literaria de los antiguos reinos y transformación colonial* (México: Universidad de Leiden/CSEHO/Secretaría de Cultura, 2009), pp. 400-401.

² En este trabajo, es la versión que sigo, publicada en 1906, con el título *Ita Andehui*, “Flor del cielo”. *Leyenda mixteca*, que puede leerse en línea.

oaxaqueños, trata del amor frustrado entre Ita Andehui (“Flor del Cielo”) y Anon Nau (“Corazón de Tigre”), una pareja de la nobleza mixteca. Ita Andehui fue hija del difunto Coyotzin, capitán de la guardia de Tilantongo, y de Cozcaxóchitl, y Anon Nau fue guerrero del rey Sahoeñiñaña. Las rápidas secuencias narrativas ilustran el enamoramiento a primera vista de los jóvenes, la transgresión de los códigos morales y religiosos —debido a que la pareja tiene una cita nocturna ante el adoratorio del dios del amor, Yya Sadzatnahan, sin permiso de los padres—, su restauración mediante el perdón del sacerdote del santuario de Achiutla, la penitencia impuesta y la bendición de su amor. Más tarde, Anon Nau pedirá formalmente en matrimonio a Ita Andehui, llevándole una buena dote de joyas. La pareja celebra su boda y vive feliz hasta que Moctezuma invade los dominios mixtecos. Anon Nau se alista en la guerra que contendría el avance de las tropas aztecas, dejando a Ita Andehui desolada.³ Las fuerzas de Moctezuma fueron derrotadas, mas Anon Nau no regresaría con el ejército triunfante porque había sido comisionado para negociar una alianza con los tlaxcaltecas y los huejotzincas. Mientras tanto, Ita Andehui había dado a luz un niño, al que llamó Citlaltemoc (“Lucero que desciende”). Cuando Ita Andehui supo que Anon Nau no había regresado con los guerreros mixtecos, perdió la razón y se quitó la vida, arrojándose a un precipicio cercano al adoratorio de Yya Sadzatnahan. El cadáver de Ita Andehui fue sepultado de acuerdo con sus tradiciones religiosas. Y cuando Anon Nau regresó a su casa y supo lo ocurrido, se suicidó, lanzándose al vacío en el mismo precipicio que eligiera su amada. Desde entonces, se escuchan los juramentos de amor y las hondas lamentaciones de esas almas en el lugar de los hechos. Finalmente, Citlaltemoc quedó bajo la protección del rey Sahoeñiñaña, quien lo envió al Seminario de Achiutla, a educarse. Más tarde, se convertiría en rey de Tlaxiaco. Es claro que la función etiológica de la leyenda consiste en dar cuenta de los últimos años de esplendor de la dinastía mixteca, poco antes de la conquista, y, como ha advertido Jansen, en exaltar la resistencia de los oaxaqueños contra la autoridad y el tutelaje de la capital mexicana y en protestar contra la

³ Esta batalla, llamada de Cerro Verde, tuvo lugar en la segunda mitad del siglo xv, fechada, en la *Obra inédita* de Martínez Gracida, en 1462. Jansen y Pérez Jiménez, *La lengua señorial de Nñuu Dzauui. Cultura literaria de los antiguos reinos y transformación colonial*, p. 406.

explotación,⁴ especialmente de sus “rutas comerciales”, como indicó Sebastian van Doesburg.⁵

La novela que nos ocupa es una pieza importante de la literatura mexicana por cuanto responde a la estética romántica practicada por los escritores liberales de la naciente república y porque asume la forma de una novela indianista de carácter histórico-costumbrista, acuciosamente documentada por la tradición oral y por la información etnográfica e histórica de la región mixteca del estado de Oaxaca. La intriga, situada hacia 1455, año en que comienza la guerra entre mixtecas y mexicas, desarrolla el mismo tema de la leyenda homónima. Se trata, como veremos, de una novela única en su tipo, dentro del panorama de la narrativa mexicana e hispanoamericana. La falta de estudios acerca de ella quizá se deba a que desde 1906, año en que se realizó en Oaxaca una edición de autor, impresa por Julián S. Soto, no fue reeditada sino hasta principios del presente siglo. La primera reedición, aparecida en Oaxaca, el año 2008, se debe a Ignacio Ortiz Castro, pero no gozó del reconocimiento de la crítica, debido a que falsea datos importantes —atribuye la autoría sólo a Mariano López Ruiz⁶ y afirma que originalmente fue escrita

⁴ *Ibid.*, p. 407.

⁵ Sebastian Van Doesburg, *Códices mixtecos Porfirio Díaz y Fernández Leal* (México: Miguel Ángel Porrúa/Organización Neerlandesa de Investigaciones Científicas/Secretaría de Asuntos Indígenas del Estado de Oaxaca, 2001), p. 137.

⁶ Como indiqué al inicio del trabajo, la novela fue escrita conjuntamente por Manuel Martínez Gracida y Mariano López Ruiz. De acuerdo con Jansen, la novela, originalmente escrita en español por ambos autores, en 1891, había sido traducida fielmente por López Ruiz, en 1897, a la lengua mixteca, en la variante del área de Nochistlán. Finalmente, fue publicada en español, en 1906, por la Imprenta de Julián S. Soto. Estos datos pueden consultarse en Manuel Martínez Gracida, *Obra Inédita*, vol. 45: Idiomas Oaxaqueños, que, actualmente, se encuentra en el acervo Manuel Martínez Gracida de la Biblioteca Pública Central de la ciudad de Oaxaca. Los argumentos de Jansen se orientan a indicar la dificultad del traductor para elegir las palabras precisas de la antigua lengua mixteca; la conservación de topónimos y onomásticos en náhuatl, que aparecen en el texto en español; y el empleo de los números de la cuenta cotidiana y el nombre del signo en náhuatl, y no en el vocabulario especial del calendario antiguo de la Mixteca, para las indicaciones de tiempo. El investigador agrega que, gracias a la traducción de López Ruiz, la lengua mixteca tuvo una auténtica novela del siglo xix. Jansen y Pérez Jiménez, *La lengua señorial de Nñuu Dzauui. Cultura literaria de los antiguos reinos y transformación colonial*, p. 424 y ss. En otro trabajo, Rojas y Jansen aportan evidencias del estilo de Martínez Gracida para argumentar la coautoría con López Ruiz. Araceli Rojas Martínez Gracida y Maarten E. R.G.G. N. Jansen, “Una denuncia ante la reedición hecha por Ignacio Ortiz Castro de *Ita Andehui. Leyenda mixteca*”, en *Educación comunal* (julio de 2009), vol. 2, p. 57. Véase <http://www.academia.edu/5411274/Una_denuncia_ante_la_reedici%C3%B3n_hecha_por_Ignacio_Ortiz_Castro_de_Ita_Andehui_Leyenda_Mixteca>.

en mixteco—,⁷ además de que no sitúa adecuadamente la novela en el panorama de la literatura mexicana y se limita al ámbito local, quizá debido al exceso de entusiasmo por la cultura mixteca.⁸ Recientemente, en el año 2014, el Instituto de Investigaciones en Humanidades de la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca editó la novela en una colección dedicada al fomento de la lectura, que también contiene imprecisiones y en cuyo “Estudio introductorio” se advierten argumentos que no están debidamente documentados. Sin embargo, tiene el mérito de estar dirigida a la difusión cultural y de ser un facsímil que permite leerla tal como la escribieron los autores.⁹ Debido al valor estético de la novela, así como a la importancia que tiene para la cultura oaxaqueña y para la literatura escrita en lengua española, este trabajo tiene el propósito de situar la novela en el panorama de la literatura mexicana e hispanoamericana, distinguiendo la tendencia estética a la que pertenece, así como los caracteres que la distinguen.

Como señala José Luis Martínez, dentro del complejo proceso de elaboración de nuestra cultura, el siglo XIX tuvo como principal tarea la maduración de la independencia intelectual y la realización de una expresión nacional original. Durante la primera centuria de vida independiente, la lucha por conquistar la expresión propia y autónoma era la única empresa que convenía a escritores que, como Ignacio Manuel Altamirano, Justo Sierra, Guillermo Prieto, Francisco Zarco, Vicente Riva Palacio y Manuel Payno, entre otros, entendían la literatura como una función al servicio de la

⁷ Rojas Martínez y Jansen, “Una denuncia ante la reedición hecha por Ignacio Ortiz Castro de *Ita Andehui. Leyenda mixteca*”, en *Educación comunal*, pp. 55-61. Véase <http://www.academia.edu/5411274/Una_denuncia_ante_la_reedici%C3%B3n_hecha_por_Ignacio_Ortiz_Castro_de_Ita_Andehui_Leyenda_Mixteca>.

⁸ Ortiz Castro dudó en llamarla novela indigenista, porque carece de denuncia social; también en concebirla como novela indianista, debido a que, desde su perspectiva, le falta la sublimación y la apoteosis de los personajes indígenas. Prefirió denominarla “literatura indígena”, debido a un error de origen: creer que López Ruiz fue el único autor de la novela, originalmente escrita en lengua mixteca. Ignacio Ortiz Castro, “Estudio introductorio a la historia de la literatura mixteca”, en Mariano López Ruiz, *Ita Andehui. Leyenda mixteca* (Huajuapán: CONACULTA/Pacmyc/SECULT/Fundación Harp Helú/CEACUM, 2008), p. 12.

⁹ Uno de los problemas de esta edición consiste en que Mariano López Ruiz no aparece en la portada ni en la página legal, aunque en el “Estudio introductorio” se dedica una sección a los autores, que da cuenta de la coautoría de López Ruiz. Importa consignar este tipo de errores porque puede causar confusión y ambigüedad en los lectores, especialmente cuando se quiere citar la obra.

patria. Bajo el influjo del romanticismo, la primera generación propiamente mexicana apareció en la escena literaria entre 1836 y 1867, practicando una literatura que buscaba expresar el paisaje y las costumbres nacionales. En estos años, abundó la poesía, se inició la novela sentimental y folletinesca, se revitalizó el teatro y se realizaron empresas culturales considerables. Esta tarea se inició en la Academia de Letrán, fundada en 1836, primera asociación literaria de importancia que funcionó en el México independiente.¹⁰

En el siguiente periodo de producción literaria, que va de 1867 a 1889 —y que nos interesa por los años en que se compuso, se tradujo al mixteco y se publicó *Ita Andehui* (1891, 1897 y 1906, respectivamente)—, los esfuerzos y afanes de los escritores se fortalecieron, organizándose en un programa coherente y sostenido, a raíz del triunfo de la república liberal y bajo el signo del impulso nacionalista y de concordia que predicó Altamirano. Este programa llegó a ser una empresa nacional de integración cultural de tal magnitud que liberales y conservadores se dedicaron a cultivar, con laboriosidad y entusiasmo, la literatura, las artes, las ciencias y la historia. En estos años, proliferaron las revistas literarias y se incrementó la producción de libros de creación literaria y de estudios sobre temas nacionales. Las asociaciones culturales fundadas llegaron a 124, tanto en la capital como en los estados. Asimismo, resurgió una asociación, en la que Manuel Martínez Gracida participaría, *La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, fundada en 1833, cuya vida tuvo sus años más brillantes cuando Altamirano la restableció, organizó su rica biblioteca y alentó a hombres distinguidos a colaborar en ella. A partir de 1868, se cultivaron la novela sentimental, histórica y de aventuras. La narrativa de este periodo inauguró la novela costumbrista y realista. La observación y la pintura del ambiente mexicano progresaban hacia un nacionalismo más consciente y significativo. Los escritores de la época proponían “una vigorosa imaginación”, “firmemente asentada en lo nacional”. Y ya durante el último tercio del siglo XIX, los escritores mexicanos, acaudillados por Altamirano, aspiraban a que la literatura fuera una expresión original, que diera vida a nuestro paisaje y nuestras costumbres, y a que, rindiendo culto a nuestras tradiciones y nuestros héroes, contribuyera a la formación de nuestra “conciencia

¹⁰ José Luis Martínez, *La expresión nacional* (México: CONACULTA, 1993), pp. 15 y 25-26.

cívica”.¹¹ En este periodo de producción narrativa mexicana, se sitúa *Ita Andebui*.

Concha Meléndez fue la primera, y quizá la única, en advertir la importancia de la novela en el contexto hispanoamericano, a la que caracteriza como novela histórica indianista de inspiración romántica, cuyos antecedentes se encuentran en las crónicas de la conquista y de la colonia.¹² La investigadora entiende la novela indianista como aquella en que los indios y sus tradiciones son presentados con simpatía. Tal simpatía puede abarcar desde una mera emoción exotista hasta un exaltado sentimiento de reivindicación social, pasando por matices religiosos y patrióticos o sólo pintorescos y sentimentales. El indio suele aparecer embellecido o estilizado, en contraste con la literatura anti-indianista, donde el indio es holgazán, cruel o abyecto. La novela indianista, como toda la literatura romántica de tema indígena, tuvo como estímulo la pasión nacionalista dominante en el romanticismo europeo, pero aún más intensa entre los pueblos hispanoamericanos recién emancipados.¹³ De acuerdo con Meléndez, la importancia de la novela reside en que fue una de las pocas obras valiosas del romanticismo mexicano inspiradas en el pasado indígena:

Las originales culturas indígenas mexicanas no fueron durante la época romántica fuente de novelas valiosas en México. Tres de ellas se basan en la conquista de Yucatán, cuatro en la de México, una en la formación del dominio azteca y otra en la evangelización de los indios. Las otras culturas quedan inéditas en la novelística hasta la época posterior; una novela mixteca, *Ita Andebui*, publicada en 1906, no entra en la cronología de este estudio, aunque en estilo y técnica sigue siendo romántica.¹⁴

Las novelas a las que se refiere Meléndez son *Los mártires de Anáhuac* (1870), de Eligio Ancona, *Amor y suplicio* (1878) y *Doña Marina* (1883), de Ireneo Paz, *Azcatóchitil o La flecha de oro* (1878), de J. R. Hernández, *La cruz y la espada* (1886), de Eligio Ancona, y *La hija de Tutul-Xiu* (1884), de Eulogio

¹¹ *Ibid.*, pp. 149 y 335.

¹² Concha Meléndez, *La novela indianista en Hispanoamérica (1832-1889)* (Madrid: Hernando, 1934), p. 89.

¹³ *Ibid.*, pp. 9-10.

¹⁴ *Ibid.*, p. 89.

Palma y Palma. Por la factura, fuentes coloniales y propósitos de *La hija de Tutul-Xiu*, considero que es la más cercana a *Ita Andebui*, pues se trata de una novela de reconstrucción arqueológica de la civilización maya, que aprovecha todas las fuentes coloniales, especialmente Cogolludo, Landa y Herrera, centrando la acción en las guerras sostenidas por Cocom, rey de Mayapan, y Tutul-Xiu, rey de Uxmal, resultado de una antigua desarmonía entre ambos reinos. El objeto del escritor yucateco, según su prefacio, fue “Urdir una ficción que, aunque carezca de una verdad histórica comprobada, me permita, sin embargo, bosquejar las costumbres, las ideas religiosas, las leyes civiles y militares, y todo lo que la Historia ha podido transmitir de aquellos tiempos heroicos”.¹⁵

Los propósitos de Palma coinciden con los de Manuel Martínez Gracida y Mariano López Ruiz, así como con los de todos aquellos escritores que tuvieron conciencia del valor de la literatura como modelador de las identidades locales y nacionales. De ahí el afán de exaltar las costumbres populares, de ridiculizar o ironizar figuras y criterios extranjeros, de ensalzar las virtudes naturales del territorio mexicano y de sus habitantes, así como las comidas, bebidas, trajes típicos y giros lingüísticos de origen indígena. Para ellos, era menester fundar el sentimiento, los símbolos y la imagen colectiva de la nacionalidad. Por ello, aprovecharon las posibilidades de la estética romántica, en cuanto a los temas históricos, los tipos populares, así como el tópico del “buen salvaje”, muy de moda en aquella época.

Con *Ita Andebui*, Martínez Gracida y López Ruiz participan del afianzamiento del discurso literario de la época, abocado a la creación de las identidades nacionales y locales, que habrían de convertirse en máximo asunto de Estado. Esta tarea implicó la exaltación de lo propio frente a lo extranjero, destacando la diversidad lingüística y étnica de Oaxaca, su incidencia en el futuro progreso de la localidad y en la ejecución del proyecto liberal. Sin duda, los propósitos de Manuel Martínez Gracida, liberal comprometido con la identidad oaxaqueña, como se advierte en *El rey Cosijoeza y su familia* (1888)¹⁶ —donde traza la genealogía del

¹⁵ *Ibid.*, p. 103.

¹⁶ El tema de la reelaboración de la leyenda de la princesa Donají y sus implicaciones en el proceso de elaboración de la identidad oaxaqueña puede consultarse en uno de mis trabajos anteriores. Donají Cuéllar Escamilla, “La caracterización de la princesa Donají en los valles centrales de Oaxaca: a propósito de la identidad oaxaqueña”, en Claudia Carranza Vera

reino zapoteca, acudiendo a la historia, la leyenda, la antropología, la etnografía y la creación poética—, y Mariano López Ruiz, recolector de la tradición oral de la Mixteca y traductor del mixteco al español, fueron elaborando la identidad oaxaqueña desde las etnias hegemónicas, la zapoteca y la mixteca, dando a conocer sus historias, lenguas, leyendas, tradiciones, vestimentas, debido a que pensaban que los valores en que se cimentaron estas culturas, a las que veían, respectivamente, como atenienses y espartanos, podían practicarse en beneficio y progreso de los oaxaqueños. Quizá por ello apostaron por personajes legendarios de la nobleza guerrera, cuyo contenido simbólico invitaba al sacrificio por la patria chica. La leyenda de la princesa Donají, última hija de Cosijoeza, y la de Ita Andehui, la postrera hija de Coyotzin, marcan el fin de las dinastías zapoteca y mixteca, poco antes de la llegada de los españoles, y exaltan el sacrificio, ya de su vida, ya de su amor, en aras de proporcionar a su patria chica un mejor destino. La reelaboración culta de estas leyendas, la de Donají en *El rey Cosijoeza y su familia*, y la de Ita Andehui en la novela que nos ocupa, obedecen a los propósitos de los liberales oaxaqueños por elaborar su identidad. Por ello, concibo ambas reelaboraciones como obras fundacionales de la identidad oaxaqueña en la época independiente y a sus protagonistas como encarnaciones de la utopía liberal oaxaqueña.

En el ámbito de la literatura hispanoamericana, la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873) también se interesó en la nobleza indígena. Su novela *Guatimozín* (1846) tiene la intención de proporcionar un carácter histórico a la leyenda del último emperador azteca, documentándola con las *Relaciones de Cortés* y con fuentes como Bernal Díaz del Castillo, Antonio Solís, Robertson y Clavijero. Su simpatía por los indígenas es evidente: “las páginas más interesantes son aquellas en que describe las costumbres y mitos de los mexicanos y la rebeldía de los príncipes indígenas: la descripción del palacio de Moctezuma, el torneo celebrado en honor de los españoles, la muerte de Cacumatzín, el heroísmo de Cuauhtémoc”,¹⁷ logrando narrar poéticamente la historia de la conquista

y Mercedes Zavala Gómez del Campo (Eds.), *Los personajes en formas narrativas de la literatura de tradición oral de México* (San Luis Potosí: El Colegio de San Luis, 2015), pp. 325-345.

¹⁷ Meléndez, *La novela indianista en Hispanoamérica (1832-1889)*, p. 77.

de México. Esta es otra de las obras más parecidas a *Ita Andehui*, por su intención de novelar la historia y la leyenda, describir las costumbres de los indígenas y narrar poéticamente el fin de la hegemonía mexicana.

Por su parte, Manuel Martínez Gracida y Mariano López Ruiz conocían muy bien no sólo la leyenda de *Ita Andehui*, sino, además, la tradición oral, la historia y las costumbres de la Mixteca. El acierto en la elaboración de la novela reside en verter los datos etnográficos, históricos y de la tradición oral en las mismas secuencias narrativas de la leyenda, de manera amplificada. La técnica de amplificación obedece a propósitos históricos, es decir, los autores se dieron a la tarea de llenar los vacíos que dejaba la leyenda con datos que ellos consideraron fieles a la historia y a la tradición mixteca. Como ocurre en la novela indianista hispanoamericana, los autores también se documentaron en cronistas como Burgoa, García, Torquemada, Veytia, entre otros, a quienes conocieron a través de José Antonio Gay, quien publicara su *Historia de Oaxaca* en 1888.¹⁸ Tanto para el lector común como para el oyente de leyendas, resulta sumamente interesante que se le proporcionen datos aparentemente históricos que le ayuden a entender el devenir de su pueblo y cuadros de costumbres que le permitan recordar su origen e identificarse con ellas, pero también lo que más importa en una novela: la creación poética, que, en este caso, se apega a la estética colectiva a la que responde toda creación de transmisión oral, por cuanto representa los valores de una comunidad. Así, por ejemplo, los autores recrean la fiesta cíclica del fuego mediante un cuadro costumbrista, que, además de retratar a los mixtecos como fieles devotos de sus dioses, aporta la fecha en que Ita Andehui y Anon Nau acudieron al santuario de Achiutla —año I Coatl—, recrea la fiesta con datos obtenidos del año II Acatl, o 1455 de la era cristiana, y explica en qué consiste el ritual,¹⁹ agregando descripciones antropológicas y etnográficas,

¹⁸ Aunque Jansen localiza algunas de las fuentes virreinales, estima que es menester rastrearlas con mayor precisión, pues Martínez Gracida rara vez las anotaba. Jansen y Pérez Jiménez, *La lengua señorial de Nuu Dzauui. Cultura literaria de los antiguos reinos y transformación colonial*, p. 407 y ss.

¹⁹ Los mixtecos solían dirigirse al santuario de Achiutla ocho días previos a la fiesta cíclica o de la renovación del fuego nuevo, que ocurría cada 52 años, y que implicaba el fin de un periodo secular en que se acabaría el mundo. Apagaban sus fogones y abandonaban sus casas para reunirse en torno del Pontífice y sus sacerdotes, a quienes el dios mixteca, *Corazón del Pueblo*, revelaría si continuaría o no la vida en la tierra. El ritual consistía en la reunión del rey, el Pontífice y sus sacerdotes en la Montaña maravillosa, para presenciar el fin o continuidad

así como información proveniente de la tradición oral sobre las costumbres que sobrevivieron entre los mixtecos en los albores del siglo xx, como la de solicitar fuego a los vecinos que lo tenían en su hogar.²⁰ En esta secuencia narrativa, que corresponde a la restauración de los códigos morales y religiosos de la leyenda, se advierte una atmósfera sagrada y solemne, creada para ambientar la época prehispánica, en un tono de honda emoción poética, especialmente al evocar las palabras que el Pontífice dirigiría a su dios y a su pueblo: “‘Gracias, Dios poderoso, por tus inmensos beneficios. Santifica el fuego que nos has mandado del cielo, para que sea propicio en el hogar’. Y volteándose hacia el pueblo que lo escuchaba le presentó los leños encendidos, le dijo: ‘El mundo existirá más tiempo, y con él la Nación mixteca; tal es la soberana voluntad de Dios, manifiesta en este fuego. Aprovechémonos de sus bondades y cumplamos con nuestros deberes para merecer su protección.’”²¹

Ya hemos mencionado que la elaboración simpática de la nobleza indígena no era frecuente entre los escritores románticos mexicanos. Ahora anotamos que esta actitud fue todavía más escasa entre los escritores liberales, quienes incluyeron a la masa indígena en la lucha independentista como parte de la nueva imagen nacional, pero recreada en ambientes de subordinación y marginalidad, debido a la poderosa influencia de los criterios eurocéntricos en la mayoría de los intelectuales que participaron en la administración pública. Guillermo Prieto, por ejemplo, en su *Romancero nacional* concibió a los indígenas como salvajes, con dotes de virtud que nos dieron patria. En su obra, forman parte de la “masa semibruta”,

de la vida. Acto seguido, los sacerdotes hacían fuego, frotando los palos del *malmalhuaztli* y, posteriormente, el Pontífice lo santificaba y lo colocaba en la hoguera, atizándolo con su aliento. Y finalmente, pronunciaba un discurso, invitando al pueblo a conducirse correctamente con el rey, las autoridades y la familia. Los concurrentes tomaban el fuego en braceros o teas para llevarlo a sus comunidades. Después, se servía una cena y la gente celebraba alegremente que al otro día iniciaría el nuevo ciclo. Manuel Martínez Gracida y Mariano López Ruiz, *Ita Andehui. Leyenda Mixteca*, est. introductorio de Margarita V. Salazar Canseco (Oaxaca: Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca/Instituto de Investigaciones en Humanidades/Programa de Fomento a la Lectura, 2014), pp. 63-73. Citaremos por esta edición.

²⁰ Los autores explican que en la época prehispánica se consideraba una gran falta moral dejar extinguir el fuego en el hogar. El dueño de un hogar apagado tenía como castigo recurrir al vecino para solicitarle lumbre, con el riesgo de que se le negara, por su descuido. De ahí la sobrevivencia de la costumbre.

²¹ Martínez Gracida y López Ruiz. *Ita Andehui. Leyenda Mixteca*, pp. 70-71.

manipulada por el clero, que participó en las gestas patrióticas “por sentimiento, por instinto, por aspiraciones bruscas, no razonadas de libertad y de derecho”.²² De acuerdo con José Luis Martínez, Manuel Payno ofreció una imagen más rica del contexto mexicano finisecular en *Los bandidos de Río Frío* (1889-1891), donde los indígenas son parte de la población periférica, suburbana, sin voz en el contexto ficcional, pero en cierta medida particularizadas por sus diferentes actividades económicas y formas de asociación comunitaria, así como por su dominio de otros saberes,²³ pero fue Altamirano quien mejor ilustró el concepto de imagen nacional como constructo discursivo al servicio del proyecto sociopolítico dominante. Los indígenas que aparecen en sus textos políticos, periodísticos y costumbristas fueron descritos en su retraimiento social, en tanto presentaban, a su juicio, “el espectáculo desconsolador de un pueblo semibárbaro y abyecto, viviendo en medio de castas civilizadas sin obtener ninguna mejora de su contacto diario con ellas”, como consecuencia de su ignorancia de la lengua castellana y de su devenir histórico.²⁴ En cambio, en sus novelas emblemáticas, *La navidad en las montañas* (1871) y *El Zarco* (1901), los indígenas encarnan la utopía nacionalista. De acuerdo con su ideal, en el diseño de la pirámide social del México naciente los indígenas estarían en la cúspide, pero sólo aquellos que se integraran plenamente a la sociedad y que adoptaran la cultura occidental, para satisfacer las demandas de la modernización del país.²⁵

Así pues, los indígenas, salvo en casos muy puntuales, recientemente descubiertos por Adriana Sandoval en dos obras del siglo xix, no tuvieron un papel protagónico en la narrativa mexicana y fueron representados de acuerdo con los estereotipos más comunes: sucios, incivilizados, sumidos en la ignorancia, la superstición y el alcoholismo, sin ningún proyecto de vida más allá que la mera subsistencia. Los indígenas en papel protagónico

²² Susana A. Montero Sánchez, *La construcción simbólica de las identidades sociales. Un análisis a través de la literatura mexicana del siglo xix* (México: Programa Universitario de Estudios de Género/Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos/Plaza y Valdés, 2002), p. 36. Véase Guillermo Prieto, *Romancero nacional*, pról. de Ignacio Manuel Altamirano (México: Porrúa, 1984).

²³ Martínez, *La expresión nacional*, p. 43.

²⁴ Ignacio Manuel de Altamirano, “Generalización del idioma castellano”, en *Antología* (México: UNAM, México, 1981), p. 79.

²⁵ *Ibid.*, pp. 43-44.

aparecen, sucesivamente, en dos textos que preceden la publicación de *Ita Andehui*: la novela corta *Netzula*,²⁶ de José María Lacunza (1809-1869),²⁷ y el cuento “La batalla de Otumba”, de Eulalio María Ortega (1820-1875), que aparecieron en el primer volumen de *El Año Nuevo* (1837), órgano no oficial de la Academia de Letrán. Tanto Lacunza como Ortega volvieron al pasado prehispánico, apropiándose dentro del proceso de formación de la identidad mexicana. Si bien en ese momento el imperio azteca había sucumbido ante la corona española, el mensaje implícito para sus lectores contemporáneos era que, con el triunfo de la independencia, la Colonia había terminado.

De acuerdo con Adriana Sandoval, ambos autores establecen una suerte de continuidad histórica entre las culturas prehispánicas, los mexicanos recién independizados y los enemigos españoles. Si bien ambos textos terminan en tragedia, el sentimiento que se desea transmitir es el de la suprema importancia de la pasión de la lucha, de la entrega en defensa de la patria, casi independientemente del resultado. Hay, igualmente, en ambos casos, un entramado similar entre la pasión amorosa y la pasión patriótica. Se exalta, también, la importancia de la familia, de la obediencia, de la lealtad, sin menoscabo de la preponderancia romántica de la pasión por sí misma. Importa destacar que Lacunza y Ortega rompieron con la visión de los indios como seres primitivos e infantiles, catequizables. Si los indios de Lacunza son delicados, sofisticados, valientes y sensibles, los de Ortega son, sobre todo, arrojados, valientes y apasionados. En ambas obras, los indios pertenecen a las altas clases guerreras y ambas responden a uno de los propósitos de la Academia de Letrán: la mexicanización de la literatura.²⁸

²⁶ Aunque la investigadora presenta esta obra como cuento, Óscar Mata Juárez ya la había considerado como la segunda novela corta mexicana. Óscar Mata Juárez, *La novela corta mexicana en el siglo XIX* (México: UNAM/UAM-A, 2003), p. 44.

²⁷ Firmada con las iniciales J. M. L., al principio se pensó que era de la autoría de José María Lafragua, con quien Lacunza compartió iniciales, pero Celia Miranda, en su antología *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*, lo atribuye, acertadamente, al segundo. Si bien apareció en 1837, la novela fue compuesta en diciembre de 1832, once años después de la consumación de la Independencia. Adriana Sandoval, “Dos cuentos del siglo XIX sobre indígenas”, en *Literatura Mexicana* (México, UNAM, 2012), vol. XXIII, núm. 1, p. 45.

²⁸ Lacunza fue uno de los miembros fundadores de la Academia de Letrán y el guía del núcleo fundador, según anota Guillermo Prieto. Luego fue diplomático, formó parte del grupo negociador del tratado Guadalupe-Hidalgo (1848), que oficializó la entrega de la parte norte del territorio mexicano a los Estados Unidos. Durante el imperio de Maximiliano, participó en su gabinete.

En *Netzula*, es perceptible la intención del narrador por mostrar a los indios del valle de Anáhuac como una sociedad refinada y sofisticada, poseedora de altos valores morales y emocionales. Uno de los principales valores exaltados es el de “la patria”, en este caso, la patria de los indios. Aunque los indios son vencidos y el amor entre los enamorados es interrumpido, de acuerdo con la actitud romántica hay gloria y honor en la derrota. *Netzula* comparte con *Ita Andehui* rasgos como el tópico del amor trágico, situado en una gesta prehispánica, el noble linaje de los protagonistas y la exaltación de sus valores: el honor, el orgullo de la pertenencia al grupo, a su nación, a su patria, la importancia de la unidad familiar, la obediencia, la lealtad. *Netzula* es una doncella dócil, una virgen impecable, una hija obediente, una idealización absoluta de la mujer en el siglo XIX, al igual que *Ita Andehui*. No obstante las virtudes indianistas de *Netzula*, a juzgar por el estudio de Sandoval, José María Lacunza no parece haber tenido un conocimiento profundo de la manera en que los indios prehispánicos vivían, ni del náhuatl. Su obra se ciñe a una evocación e invención poética, que sugiere la asimilación del pensamiento occidental. Si bien trata con simpatía a los “hijos del Anáhuac”, los nombres de los personajes —Netzula, Oxfeler, Ogaule, Ixtlou— no tienen significado alguno en lengua náhuatl. En este sentido, el texto de Lacunza nos dice más sobre él mismo y el pequeño grupo de mexicanos que escribieron en esa época que sobre los indios de los que se ocupa.

Desde mi perspectiva, *Ita Andehui* supera en mucho la novela de Lacunza, debido a una narración que se ajusta a la estética de las narraciones de la tradición oral, especialmente a la de la leyenda que la inspira, a su basamento fiel a las costumbres y rituales mixtecos y a la información etnográfica y antropológica recogida en campo, a la verosimilitud histórica del pasaje de la guerra entre mixtecos y mexicas, situado a mediados del siglo XV. Asimismo, trasciende a sus antecesores por la originalidad con que desarrolla la frustración del amor de la pareja pues, a diferencia de ellos, la imposibilidad del amor no obedece a un tópico romántico, que tome como pretexto la guerra, sino que responde a la transgresión

Cuando sobrevino la caída del emperador, Lacunza se exilió en La Habana, donde murió, en 1869. Eulalio María Ortega tenía 18 años cuando publicó su cuento. Al igual que Lacunza, aunque mucho menor que él, formaba parte del grupo inicial de las reuniones de la Academia de Letrán. Sandoval, “Dos cuentos del siglo XIX sobre indígenas”, en *Literatura Mexicana*, pp. 45 y 59.

con que los amantes ofenden a sus dioses cuando se enamoran —elemento presente en la leyenda— y a su incertidumbre respecto de las implicaciones que tiene para ellos la defensa de la patria. Éstas son las que pueden considerarse algunas de las aportaciones de *Ita Andehui* a la narrativa mexicana romántica que responde a la vertiente indianista del siglo XIX y que se continúa hasta el siglo XX, de acuerdo con Concha Meléndez y Adriana Sandoval. Si la investigadora puertorriqueña afirma que *Ita Andehui* es una novela del romanticismo indianista, a la que siguieron otras novelas mexicanas, Adriana Sandoval ya ha aportado a la lista *Netzula*. Y quizá más adelante se integren, por ejemplo, *Una pasión* (1884), de Domingo Revilla, y *María, la hija del sublevado* (1845), de Adolfo Ecarrea de Bolla, alias de Rafael Carvajal, obras que actualmente investiga, cuyo tema es el amor imposible o interrumpido por una gesta bélica. Así, es probable que en un futuro próximo podamos conocer otras obras indianistas mexicanas de los siglos XIX y XX, con valor estético.

El que *Ita Andehui* esté mejor lograda que *Netzula* se debe, quizá, a que tanto Manuel Martínez Gracida como Mariano López Ruiz fueron investigadores que, como hace saber Jansen, reconocieron el peligro de “desculturalización” de la población indígena, trataron de combatirlo recuperando el pasado, realizando algunas de las primeras exploraciones arqueológicas en Oaxaca, rescatando documentos y registrando tradiciones orales, con fines educativos y para impulsar el orgullo de la propia identidad cultural como base del desarrollo socioeconómico. De ahí que sus recopilaciones de leyendas, sus interpretaciones de códices y sus novelas, como *Ita Andehui*, marcaran una nueva etapa en la historia de la literatura mixteca.²⁹ Se trata pues, de dos “hombres de letras”, con un conocimiento profundo de su cultura y de sus orígenes, interesados en recoger el saber tradicional y, sobre todo, en transmitirlo. Además, tenían aptitudes poéticas que les permitieron escribir conjuntamente la novela, como ha indicado Jansen.

Mariano López Ruiz fue originario de la Mixteca Alta y vivió y trabajó la mayor parte de su vida en Nochixtlán, donde se dedicó a registrar las tradiciones orales. Movido por el deseo de salvaguardar la lengua y el patrimonio cultural, fue el responsable de muchos textos acerca de las

²⁹ Jansen y Pérez Jiménez, *La lengua señorial de Nñuu Dzauui. Cultura literaria de los antiguos reinos y transformación colonial*, p. 478.

antigüedades de la Mixteca en la obra inédita de Martínez Gracida, que abarca, hasta donde hemos podido investigar, temas y problemas de la historia y la cultura oaxaqueñas.³⁰ Con su conocimiento profundo de la Mixteca, López Ruiz conectó fragmentos de la tradición oral con la historia de la creación, registrada por fray Gregorio García. Jansen acierta en sospechar que, en sus escritos, López Ruiz se basaba en fuentes coloniales, pero incluía elementos narrativos que conocía de la tradición oral, así como elementos provenientes de su imaginación poética.³¹ A juzgar por la versión de la leyenda de Donají, que Martínez Gracida reelabora en *El rey Cosijoeza y su familia*,³² podemos pensar que ambos escritores compartían un método, que consistía en elaborar una narración que combinara elementos legendarios, históricos, antropológicos y etnográficos, tratados con verosimilitud e imaginación poética.

Por las características de *Ita Andehui*, entre las que destaca el tratamiento indianista de los protagonistas, su apego a la leyenda homónima, a la historia y la cultura mixtecas, así como por la representación simbólica de las creencias populares y las experiencias colectivas que sirven para reafirmar los valores aceptados por la comunidad a cuya tradición pertenece, considero que debería ocupar un lugar privilegiado en la historia de la literatura mexicana e hispanoamericana de los siglos XIX y XX. Estimo que esta labor es importante, debido a que la novela indigenista del siglo XX, en su vertiente cultural, que se ocupa de aspectos antropológicos de las sociedades indígenas y cuyos autores se inspiran en investigaciones antropológicas y etnográficas, continúa la tendencia indianista decimonónica. De acuerdo con Lancelot Cowie, esta vertiente está representada por *La tierra del faisán y el venado* (1922), de Antonio Mediz Bolio, *Los hombres que dispersó la danza* (1929),

³⁰ La mayor parte de obra de Martínez Gracida, entre las que destacan *Cuadros sinópticos, geográficos y estadísticos de Oaxaca* y *Los indios oaxaqueños y sus monumentos arqueológicos*, se conserva manuscrita e inédita en varios tomos, que resguarda la Biblioteca Pública Central de la Ciudad de Oaxaca.

³¹ Jansen y Pérez Jiménez, *La lengua señorial de Nñuu Dzauui. Cultura literaria de los antiguos reinos y transformación colonial*, pp. 413, 415, 417 y 419.

³² Véase Cuéllar Escamilla, “La caracterización de la princesa Donají en los valles centrales de Oaxaca: a propósito de la identidad oaxaqueña”, en Carranza Vera y Zavala Gómez del Campo, *Los personajes en formas narrativas de la literatura de tradición oral de México*.

de Andrés Henestrosa, entre otras.³³ También sería interesante saber hasta qué punto la tendencia indianista tuvo continuidad en la literatura hispanoamericana. Pienso en *Hombres de maíz* (1949), del guatemalteco Miguel Ángel Asturias, “iniciador de una nueva narrativa indigenista que intenta penetrar la mente del indio a través de sus mitología, su poesía y su leyenda”, de acuerdo con Sylvia Bigas Torres.³⁴ Y para rematar el cuadro de la literatura mexicana, habría que investigar si la vertiente mítico-poética, cuyo propósito fue descubrir el misterio que el pensamiento indígena guarda para el occidental, que advierte Bigas Torres, continúa la tendencia indianista decimonónica. Esperemos que las recientes ediciones de *Ita Andehui* despierten el interés de futuras investigaciones, que contribuyan al estudio de la vertiente indianista en la literatura mexicana e hispanoamericana de los siglos XX y XXI.

Finalmente, me gustaría agregar que la lectura de *Ita Andehui* es realmente placentera e interesante, no sólo para el lector común oaxaqueño. Los autores de la novela logran convertir la narración en una experiencia universal, que muy probablemente propicie el interés de investigadores de otros campos humanísticos. En este trabajo, he querido dejar claro que se trata de una novela indianista de carácter histórico-costumbrista, en cuya factura interviene la documentación y la creación poética en magnífico equilibrio, y que participa de los ideales e intereses de dos escritores liberales que contribuyeron a la elaboración de la identidad oaxaqueña y a la reivindicación de las culturas indígenas, frente a México y el extranjero, a partir de personajes nobles y emblemáticos como Ita Andehui y Donají.

BIBLIOGRAFÍA

BIGAS TORRES, SYLVIA. *La narrativa indigenista mexicana del siglo XX*. México: Universidad de Guadalajara, 1990.

³³ Lancelot Cowie, *El indio en la narrativa contemporánea* (México: CONACULTA/Instituto Nacional Indigenista, 1990), pp. 13-16.

³⁴ Sylvia Bigas Torres, *La narrativa indigenista mexicana del siglo XX* (México: Universidad de Guadalajara, 1990), p. 37.

- COWIE, LANCELOT. *El indio en la narrativa contemporánea*. México: CONACULTA/Instituto Nacional Indigenista, 1990.
- CUÉLLAR ESCAMILLA, DONAJÍ. “La caracterización de la princesa Donají en los valles centrales de Oaxaca: a propósito de la identidad oaxaqueña”, en Claudia Carranza Vera y Mercedes Zavala Gómez del Campo (Eds.). *Los personajes en formas narrativas de la literatura de tradición oral de México*. San Luis Potosí: El Colegio de San Luis, 2015.
- JANSEN, MAARTEN E. R. G. N. Y GABINA AURORA PÉREZ JIMÉNEZ. *La lengua señorial de Ñuu Dz'z'ui. Cultura literaria de los antiguos reinos y transformación colonial*. México: Universidad de Leiden/CSEIIO/Secretaría de Cultura, 2009.
- LÓPEZ RUIZ, MARIANO. *Ita Andehui, “Flor del cielo”. Leyenda mixteca*. Véase <<http://www/anxhouse.blogspot.mx/2009/05/ita-andehui.html>>.
- . *Ita Andehui. Leyenda mixteca*. Ed. y est. introductorio de Ignacio Ortiz Castro. Huajuapán: CONACULTA/PACMYC/SECULT/Fundación Harp Helú/CEACUM, 2008.
- MARTÍNEZ GRACIDA, MANUEL Y MARIANO LÓPEZ RUIZ. *Ita Andehui. Leyenda Mixteca*. Est. introductorio de Margarita V. Salazar Canseco. Oaxaca: Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca/Instituto de Investigaciones en Humanidades/Programa de Fomento a la Lectura, 2014.
- . *El rey Cosijoeza y su familia*. Oaxaca: Secretaría de Fomento, 1888.
- MARTÍNEZ, JOSÉ LUIS. *La expresión nacional*. México: CONACULTA, 1993.
- MATA JUÁREZ, ÓSCAR. *La novela corta mexicana en el siglo XIX*. México: UNAM/UAM-A, 2003.
- MELÉNDEZ, CONCHA. *La novela indianista en Hispanoamérica (1832-1889)*. Madrid: Hernando, 1934.
- MONTERO SÁNCHEZ, SUSANA A. *La construcción simbólica de las identidades sociales. Un análisis a través de la literatura mexicana del siglo XIX*. México: Programa Universitario de Estudios de Género/Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos/Plaza y Valdés, 2002.
- ORTIZ CASTRO, IGNACIO. “Estudio introductorio a la historia de la literatura mixteca”, en Mariano López Ruiz. *Ita Andehui. Leyenda mixteca*. Huajuapán: CONACULTA/PACMYC/SECULT/Fundación Harp Helú/CEACUM, 2008.
- ROJAS MARTÍNEZ GRACIDA, ARACELI Y MAARTEN E. R. G. N. JANSEN. “Una denuncia ante la reedición hecha por Ignacio Ortiz Castro de *Ita Andehui. Leyenda mixteca*”, en *Educación comunal*, Julio de 2009. Núm. 2. Véase <<http://>

www.academia.edu/5411274/Una_denuncia_ante_la_reedici%C3%B3n_hecha_por_Ignacio_Ortiz_Castro_de_Ita_Andebui_Leyenda_Mixteca>.

SANDOVAL, ADRIANA. “Dos cuentos del siglo XIX sobre indígenas”, en *Literatura Mexicana*. México, UNAM, 2012. Vol. XXIII, núm. 1.

VAN DOESBURG, SEBASTIAN. *Códices cuicatecos Porfirio Díaz y Fernández Leal*. México: Miguel Ángel Porrúa/Organización Neerlandesa de Investigaciones Científicas/Secretaría de Asuntos Indígenas del Estado de Oaxaca, 2001.